

PROMETEO

QUINCENARIO

Redacción y Administración: PICHINCHA 1023

PRIMERA
QUINCENA DE
OCTUBRE 1919

SUMARIO:

Hacia la distribución económica, José Torralvo.—Rusia versus Rusia, E. Nigma.—El eugenismo tomado por las patas, Lelio O. Zeno.—El desnudo femenino, Angel Samblancat.—La colmena, Luis María López.—¿El hombre es bueno?, Fernán Ricard.—Críticas teatrales, Elías Castelnuovo.—El nacionalismo, Helios.



Precio 10 cts.

PROMETEO

Año I

QUINCENARIO

Núm. 4

Buenos Aires, Primera Quincena de Octubre de 1919

Redacción y Administración
Pichincha 1023

Numero suelto \$ 0.10
Trimestre adelantado . . . » 0.50

HACIA LA DISTRIBUCION ECONOMICA

El problema que se ventila hoy en todas las latitudes de la civilización, es profunda y netamente económico. Los pueblos no se mueven o no se agitan por otra cosa, y no de otro carácter es la revolución que están llevando a cabo. El régimen de los salarios y el de la propiedad; el sistema del trabajo con todas sus relaciones éticas, jurídicas y sociales, están en bancarota y próximos a desaparecer; pésele a todos cuantos pierden su tiempo, empeñados en negarlo. La vida social evoluciona de prisa hacia otras adaptaciones.

No diremos, no podemos decir, de qué índole serán las nuevas formas sobre las que se acomoden las sociedades, aún cuando ateniéndonos a las experiencias que facilita la historia, cabe afirmar, categóricamente, que serán mejores que las pasadas o conocidas. La evolución se efectúa siempre en línea recta: de lo simple a lo complejo, de lo malo a lo menos malo, de lo menos perfecto a lo más perfecto. El temor a lo que ha de venir, sólo lo sienten los espíritus cristalizados, los enamorados de sus conveniencias hechas, los ahitos de ellas, los torpes, los incapaces y los ignorantes. Ningún hombre con las pupilas abiertas hacia el universo y hacia la vida, puede sentir el pánico de las transformaciones sociales, dado que percibe la mayor suma de perfección, de amor y de bien, que lleva consigo.

La distribución económica a que aspiran las clases del trabajo, no podrá contenerla ninguna ley, ni ninguna panacea incubada por los gobiernos. Su preocupación, en tal sentido, será infructuosa. El régimen capitalista se halla enfermo de toda gravedad. Su destino toca a su ocaso, hundiéndose por sobre los horizontes de la historia que ha vivido.

El obrero es la actividad que por ahora teje los acontecimientos del destino, rebelándose contra su suerte, exigiendo contra su desdicha, llo-

rando de descontentos y de afirmaciones de una vida más humana, el ambiente general de la civilización. Inútil es oponerse al avance que él delinea en todas partes, con propósitos de cambiarlo todo y de trasformarlo. Es verdad que no en todas partes, las exigencias revolucionarias de las clases sociales explotadas, son idénticas. Pero este fenómeno de diferenciación es explicable. Las ideas son defendidas por los pueblos, en formas distintas. Aquí, sus manifestaciones parecen una significación discorde que allá, mas, porque así sea, no disminuyen los valores intrínsecos del mismo hecho revolucionario.

Nosotros sabemos que los órdenes económicos de las sociedades actuales, son derivados de un mismo organismo, aunque sean contrarias las leyes de su moral, de sus costumbres y sus concepciones de cultura. La industria, por ejemplo, es ciencia aplicada, y la ciencia tiene una única interpretación universal. La química, la física, la mecánica, etc., se definen en cualquier lugar por los mismos teoremas de solución. El axioma es uno, como es una la exactitud del guarismo.

Ahora bien, en Rusia la revolución económica ha culminado en una organización que recibe el nombre de maximalista; y en cambio, esa misma revolución se inicia en Inglaterra planteando la nacionalización de las minas, de los ferrocarriles, de las industrias; y en los Estados Unidos solicitando la intervención obrera en las direcciones y administraciones de las empresas capitalistas; y en Italia saqueando los almacenes y poniendo los productos en los municipios al alcance de todos; y en Francia amenazando al acaparador y al logrero con la pena capital; y en España llevando a la práctica una censura roja, como demostración de los poderíos con que cuentan los sindicatos; y en la Argentina aplicando el boicot de

una manera valiente y decisiva; y... En todas partes se tiende a la distribución económica, a la socialización del trabajo, principio sobre el que han de descansar las sociedades de mañana.

Un estudio detenido y prolijo, demostraría acabadamente que el capitalismo no puede ya sostenerse, minado, corroído, combatido por la rebeldía de los obreros. En ningún pueblo, en efecto, el capitalismo puede tener la seguridad de los rendimientos de otras épocas, puesto que basta cualquier huelga revolucionaria para hacerle perder las ganancias líquidas de un año. Y aunque se defienda por todos los medios a su alcance, es lo cierto, pues, que en lógica consecuencia, no hace otra cosa que producir el desequilibrio financiero, contra el que protestan no ya las clases pobres, sino todas las demás clases sociales.

En suma: la revolución económica a que asistimos tiende a colocar a las clases trabajadoras en posesión del trabajo. De aquí que evolucionemos, por lo pronto, hacia el régimen gremial, el mejor régimen, a nuestro juicio, para que triunfe definitivamente la acción del proletariado. Falta ahora que los revolucionarios orienten, interpreten y sepan comprender el hecho que se realiza, sin extraviarse en discusiones finalistas, tan lejos del tiempo como del espíritu humano.

La distribución económica, por la misma distribución del trabajo y de todos sus medios, asegura el método genuinamente gremialista y convierte o cambia los órdenes, las bases, las instituciones de los regímenes actuales.

JOSÉ TORRALVO.

RUSIA VERSUS RUSIA

Respiran beatíficamente todos los satisfechos, pues los que quieren reformar la sociedad, están por irse a las manos...

Unos, abogan por la causa rusa con entusiasmo y valentía; otros, con lo mismo, la niegan y le echan sombras que nosotros creemos prematuras.

El orden actual sigue intacto, entre nosotros.

No parece sino que fuera un enemigo secundario quien se afana en aniquilar toda extensión de libertad o de pensamiento.

El estado, en vista de que con eso de arañarse la propia cara no se hace mal a nadie, está muy tranquilo en su legendario sitio y se di-

rá a su vez, que como enemigo de la libertad, ya no le tienen en cuenta; la preocupación de hacer *algo* queda relegada a un segundo término. Si tú eres bueno, tu bondad es una falla. Si eres malo—si tienes la gracia de ser malo—no dejas por eso de ser ni menos ni más delincuente que el otro. ¿Que en Rusia los revolucionarios han tomado el poder?—¡Bueno!.. ¿Que estos revolucionarios no se sienten dispuestos a dejar que los autócratas se entronquen nuevamente?—¡Malo!

¿Que ahora son ellos—los revolucionarios—quienes offician de tiranos con sus antiguos tiranos?—¡Pésimo!

La dictadura proletaria—dicen los periodistas burgueses—es el caos y el crimen! Por aquí abrimos los ojos bien grandes y decimos:—¡Cierto! Max Nordau, dice que los miserables y vagabundos han ocupado palacios de los grandes duques. ¿Qué infamia, no? ¿No pueden acaso los vagabundos seguir durmiendo en las calles? ¿Qué régimen infame!.. ¡Hacer dormir en muelle cama de duque a uno que dormía en los huecos de las puertas o bajo las recobas de las catedrales!—¡Atroz!

¿Que el ejército rojo avanza hacia Siberia y toma prisioneros a millares de soldados "azules"?—¡Una felonía!

¿Que Koltchak repele a los rojos, los ametralla, los fusila y le da libertad a latigazos?—¡Bravo! ¡Bravísimo! Todos los enemigos de Rusia—la nueva—aplauden y cantan.

¿Que Gorki se dirige a todos los intelectuales del mundo—menos a mí—pidiendo obras de enseñanza para su Rusia de la dictadura?—¡Un enfermo!

¿Que Kropotkine no quiere ser emperador en esa Rusia de esclavos?—¡Un iluso! En fin, que los rusos, los esquilados rusos, si hubieran adivinado alguna vez que por aquí iba a suceder un entredicho semejante, todavía estarían esperando nuestros informes o nuestra palabra orientadora para hacer la revolución.

E. NIGMA.

“LA PROTESTA”

(DIARIO ANARQUISTA)

En breve reaparecerá nuevamente.



Dios los cría y ellos se juntan



Extraemos del diario de sesiones esta pieza teatralizable. La acción se desarrolla en el congreso. Aparecen los saltabancos perfectamente entrenados, caracterizados de honradez y pudibundería. El presidente ruega a las mujeres y a los niños que evacúen la sala por razones de salud y urbanidad. Monseñor de Andrea, surto en la barra, no acata la orden y se queda con gran sorpresa de un Jesucristo que lleva colgado en el pecho.

ESCENA I.

Justo.—(Que encontró la piedra filosofal en Europa y se la trajo).—Traigo esto como ilustración de una gran verdad histórica y doctrinaria: que la iglesia católica es una escuela de mentira y de hipocresía.

Martínez Zuviría.—¿El señor diputado se refiere a mí en lo de "mentira"? ¿Quiere decirme el señor diputado cuándo he aseverado una mentira aquí?

Justo.—Estamos en eso...

Martínez Zuviría.—Yo le puedo probar que es el señor diputado quien algunas veces falta a la verdad aquí.

Justo.—(Poniendo cara monumentable).—No admito interrupciones y no van a aparecer en el diario de sesiones.

Martínez Zuviría.—Demuéstreme una mentira de mi parte, y yo le demostraré dos o doscientas en las que usted incurre. (¿Cómo se conocen estos bichos!)

ESCENA II.

El avispero se alborota. El presidente se hace el otario. De rato en rato, sacude el cencerro.

Justo.—Miente el señor diputado: no he hablado para nada de eso.

Martínez Zuviría.—¿Es un insolente y un desgraciado! Parece mentira que a la edad que tiene no tenga suficiente medida para contener esos arrebatos de mala crianza.

Justo.—No soy jesuita. ¡Protesto! (Intenta ponerse de pie, pero no puede.)

Carrasco.—¿No es jesuita, pero es un guarango!

Maidana.—Es bastante guarango.

Repetto.—¿Están atacando a un inválido! ¿Están atacando a un inválido!

Maidana.—Por lo mismo que es inválido debía ser más respetuoso.

Justo.—Los irrespetuosos son ustedes.

Maidana.—El señor diputado es un moseovita ruin... (Bochinche).

Santamarina.—Lo que debe exigir la presidencia al señor Justo, acostumbrado a tomar el recinto de la cámara para verter las inmunidades de su alma envenenada, es que retire las palabras insolentes que pronunció en contra del diputado de Santa Fe.

Repetto.—Hay que exigir también que retiren las barbaridades que han dicho allí... (Señala cualquier banca).

Martínez Zuviría.—(Amostazado).—¿A quién se refiere? ¿A mí? ¿A mí?

Repetto.—A ese infeliz...

Santamarina.—(Dándose por aludido).—¿Sólo un sinvergüenza como usted puede decir eso!

ESCENA III.

Farra en el conventillo. La comparsa trina y chisporrotea. Suena el cencerro de alarma. El señor Repetto hace la parada de sacar armas. Obedeciendo a una indicación del apuntador señor De Tomaso, guarda el revólver, adoptando un gesto de perdonavidas que escandaliza.

Santamarina.—Le prevengo al señor presidente que el diputado Repetto iba a sacar revólver. Yo soy incapaz de eso, pero le iba a dar una lección pegándole una cachetada, porque es un cobarde...

Martínez Zuviría.—(Autor de "Bombarda.")—Me alegro haberle hecho perder los estribos al señor diputado Justo.

Maidana.—¿Que va a perder los estribos si no sabe andar a caballo!

EPILOGO.

Monseñor de Andrea.—(Desde la barra. Ruborizado. Suspirando. Con estilo desmayado y sacristanesco y besando una medalla de la virgen santísima).—Ave María... carajo.

El eugenismo tomado por las patas

Eugenismo, puede definirse en sustancia como la ciencia de mejorar la raza humana o sea el arte de engendrar hijos hermosos y sanos.

Practicado desde épocas remotas, con Galton, cobró los caracteres de una verdadera ciencia.

En nuestros días, todo un movimiento filosófico-social tiende a imprimirle cierto carácter doctrinario, a constituir algo así como una religión de la vida.

Semejante orientación surgió como protesta contra los fanáticos obsecados, quienes, valiéndose de reglamentos y legislaciones, pretendían y pretendían fiscalizar nuestros actos más intrínsecos. En muchos estados americanos existen leyes impositivas, mediante las cuales se prohíbe la unión matrimonial si no se presenta un certificado médico, especie de seguro contra la degeneración humana.

El mismo Galton, alarmado en ver cómo se torcía el ideal eugenético en manos de jurisperitos y legisladores, escribió: "Las prácticas del eugenismo deben ser consagradas por la *opinión pública*, la cual es suficientemente fuerte y sana para controlarlas."

Haciéndonos eco de la importancia sociológica del eugenismo o generación conciente y racional, divulgaremos las leyes naturales que rigen el perfeccionamiento físico y moral de nuestra especie, así como los medios prácticos para controlar el número de nuestros hijos.

Confiamos en la inteligencia de los hombres para que éstos pongan en práctica los consejos eugenéticos y neomaltusianos, deliberada y científicamente.

HUELGA DE VIENTRES

Las circunstancias fomentadas por el industrialismo y la desmedida explotación burguesa, crearon el estado alarmante de miseria actual.

Ciertos revolucionarios no titubearon en recurrir al eugenismo como arma petrolífera de revolución social.

En Francia, Inglaterra y España, los sindicalistas, prescindiendo de la finalidad del ideal eugénico, como recurso extremo de salvación proletaria, resolvieron boicotear el fecundo manantial de la vida: la procreación. Tan descabellada es la huelga de vientres, cuan equivocada la aspiración de quienes, como Zola, es-

peran del aumento de hijos, mayor miseria y motivo infalible de revolución social.

Estas actitudes desesperadas y suicidas responden a la creencia lombrosiana de que las revoluciones son determinadas por el hambre y la miseria.

Podría suponerse, entonces, que la burguesía contuviese el curso de la emancipación social, gracias a un plato más o menos de sopa boba. Con lo cual, la propaganda científica, filosófica ocuparía un lugar secundario, insignificante y nulo.

Estamos convencidos que la miseria produce miserables y el hambre, hambrientos. Ambos flagelos acarrearán la consunción y la muerte: no la vida y la revolución.

Allí está la Gran China donde el hambre se ha hecho crónica y donde la revolución brilla por su ausencia. La miseria en el Paraguay reina con mayor virulencia que en la república Argentina. Sin embargo, allí, no hay disturbios, huelgas sangrientas ni palpitaciones revolucionarias como entre nosotros. Reivindicamos para la propaganda libertaria el origen del fenómeno sociológico. Las revoluciones están precedidas *siempre* de un período educativo.

Cuando recorremos los grandes centros proletarios, escudriñando tugurios y cuchitriles; cuando, al despertar, observamos en conventillos, 4, 5 o más niños salir de un solo cuarto sucio, maloliente y tenebroso, donde pasaron la noche en venenosa promiscuidad, pensamos que cuyos padres sin ser autores ni causantes, mantienen y contribuyen la miseria social.

La ciencia por su parte nos asegura que el foco de epidemias y enfermedades, reside en esa promiscuidad deletérea, en ese hacinamiento caliginoso.

En este medio, el médico solicitado a fin de cumplir su misión, se encuentra impotente para curar al caído y desarmado para prevenir que el mal se propague entre quienes le rodean. No somos los primeros que señalamos a la sociedad sus crímenes, poniendo en guardia a los hombres contra los focos de miseria y muerte.

Tampoco somos los primeros que demostramos a las madres, cómo el crecido número de hijos, engendrados voluntaria o involuntaria-

mente, contribuye a mantener el hospital, la molición, el libertinaje y la desarmonía social.

Presentado así, el cuadro, parece indicarnos el método extremista de la huelga de vientres. En efecto, ésta, ofrece todas las apariencias de una medida radical, certera e incontestable.

No obstante, la huelga de vientres como el llevar diputados al congreso para resolver cuestiones sociales, resultan dos sofismas de corte socialista burgués.

El alcoholismo, degenera. Ninguno lo pone en duda. Pero el alcoholismo no es la causa de la degeneración, sino que la sociedad degenerada, causa el alcoholismo. Debemos definir bien esta verdad, sin dejar por ello, de ser antialcoholistas.

Es una aberración lírica, sostener con los neomaltusianos que la felicidad depende del menor número de hijos y que un aparato preventivo infalible resolvería el problema familiar y colectivo.

Si la desarmonía social resultase por cuanto 1.000 burgueses explotan 10.000 proletarios, ¿qué se obtendrá con la huelga de vientres?

Las pragmáticas neomaltusianas favorecen mejor a la burguesía que al proletariado. En tal forma, sucedería que, si éste, disminuyese de 10.000 a 1.000, aquélla, decrecería de 1.000 a 100. Las proporciones numéricas seguirían una correlación interminable. Esto indica que es tan absurdo presumir la solución del problema social con la huelga de vientres, como con cualquier otra clase de huelgas.

La miseria invade hogares con muchos hijos, con pocos, como con ninguno. Y es que este fenómeno es la catástrofe social, determinada por el engranaje complicadísimo de factores, cuyo remedio será posible aplicarlo *globalmente*, en pleno comunismo anárquico, mediante la libertad del trabajo; ahora, no más, cuando barramos de un golpe la burguesía y las tierras, la enseñanza y la divulgación científica sea de todos.

El eugenismo como instrumento de tiranía

La palabra *eugenia* viene del griego. *Eus*, significa hermoso, fuerte, bello; *genis*, significa engendrar. Reunidas, significa *engendrar hijos hermosos y fuertes*.

Ahora, bien. El ideal estético varía según la ética de cada pueblo o individuo.

Hoy, se cultiva el sport, la lucha romana, el football, y muchos ven en un atleta de enor-

mes bíceps o en un footballista de patas enormes, el prototipo de la belleza plástica. Sin embargo, para quienes poseen el gusto estético científicamente educado, los atletas dan la impresión de animales intoxicados bajo la acción espasmódica del tétano.

Fisiológicamente, son anormales, degenerados; pues semejante hipertrofia muscular sólo se consigue a expensas de la longevidad. Es raro que un campeón de box o un pateador célebre, ostente su patente de burro después de los 30 años, siendo, que el hombre se halla en el apogeo de su vigor mental y físico a los 40 o más años.

La burguesía se extasia frente a una vaca que rinde 40 litros de leche o ante un cerdo que pese 100 kilos. A muchos se le cae la baba cuando pasa una mujer con piernas abotagadas, rebosando toxinas y reventando verriondas rubicundeces.

Nuestra visión eugénica no consiste en conquistar el derecho de ser gordos como cochinos, pateadores, trompeadores, coloradotes y tontos de remate.

Empero, así lo entienden quienes pretenden aplicar el eugenismo al hombre, con la misma finalidad que el criador de plantas o animales, utiliza las indicaciones veterinarias.

Castrando un toro se obtiene una preciosa bestia de carga: el buey. Los legisladores creen que el eugenismo debe aplicarse de esta manera, legislando y controlando la función sexual. Los hombres no son plantas ni animales de criadero. No hay un solo sér cuya salud sea perfecta e impecable. En general, la humanidad está tarada. Hemos llegado al estado miserable de nuestros días, en virtud de siglos y siglos de ignorancia crasa, penurias negras y costumbres puercas. Por eso el ideal eugénico se conseguirá gracias a la obra lenta y progresiva de la educación y selección racional y espontánea, pero no con imposiciones violentas y en un medio degradado.

No entra en el programa eugenista, como preliminares para la unión sexual, exigir certificados de salud, buena herencia y moralidad intachable. ¿Quién está capacitado para expedir semejante certificado? ¿Y quién puede afirmar, luego, si el que lo extiende es o no, un imbécil acabado?

Tomemos el caso de la sífilis, contra la cual se revuelven los energúmenos apóstoles del eugenismo estatal. ¿Quién puede asegurar científicamente si tal o cual individuo, es o no, sífilítico?

Si fuese posible afirmarlo, las tres cuartas

partes del género humano, según la opinión de los más conspicuos especialistas en la materia, se vería privada de proliferar por ser sifilítica.

La historia de la sífilis, enseña que sus daños se amortiguan cada vez más, y que, si bien individualmente perjudica, colectivamente constituye un beneficio; porque la inmunidad sifilítica transmitida por herencia de padres a hijos, es el mejor medio para destruir la sífilis. Hay sifilíticos, bien averiguados, cuya fuerza sobrepuja al vigor de muchos enclenques y raquíuticos. Estos, según los eugenistas leguleyos, tienen carta blanca para engendrar sietemesinos, mientras aquéllos podrían fabricar por lo menos hijos de nueve meses.

Nos parece lógica la medida prohibitiva impuesta al idiota, a fin de evitar que procrea degenerados; pero, para ello no hace falta un tribunal técnico compuesto si a mano viene de idiotas no catalogados.

En cambio, ¿qué pauta podría seguirse para la supresión de idiotas normales?

Para nosotros, el burgués, es un degenerado moralmente como cualquier cretino recluido en el hospicio. No obstante, "sus" filósofos, clasifican a los anarquistas de peligrosos, desequilibrados mentales, bandoleros y exigen a grito pelado su exterminio, deportación y achicharramiento.

Así tenemos que ese viejo veleta de Max Nordau—último baluarte de la burguesía—cataloga a los hombres en ladrones, criminales natos, anarquistas, prostitutas, idiotas y reserva a cada uno, una celda especial, cuatro tiros o una paliza.

Dejaremos la ingrata y estéril tarea de catalogar a los profesionales del militarismo, política, intelectualismo y patriotería, a un espíritu mediocre: Ingenieros, por ejemplo. Porque nosotros nos limitaremos a refundir todas estas alimañas en un sólo bloque con los burgueses y demás parásitos. Pues, tan macró es quien trafica con las ideas como quien vive del amor.

LELIO O. ZENO.

EL JARDIN DE LOS SUPPLICIOS

"Entre las torturas que aplicaban los maximalistas figuraban las de obligar a un sentenciado a muerte a presenciar día tras día las ejecuciones de otras personas condenadas a igual pena, o encerrarlo con cadáveres de personas ejecutadas."

Los que se dedican a confeccionar films por series, debían recurrir a "La Nación" como fuente inagotable de truculencias y bestialidades.

Hace poco llegó una película, cuyo subtítulo nos sirve de epígrafe, intitulada: "Horrores maximalistas en Kieff." La historia empezaba así:

"Durante los 200 días de ocupación bolchevista las ejecuciones se sucedían. Teniendo en cuenta el número de cadáveres enterrados e insepultos, las personas decapitadas han sido por lo menos 200."

Es decir, a razón de una por día. Muy pouquita cosa. Nosotros estamos acostumbrados a ver masacrar 800 en tres días y a condecorar más tarde a los asesinos. Adelante:

"El ejército voluntario, al entrar en la ciudad, encontró cerca de 200 cadáveres amontonados en la habitación de una casa particular, (es algo peliagudo encontrar tantos cadáveres en una sola habitación) en un estado de horrible putrefacción y 140 más fueron hallados en otras habitaciones cerradas con llave, los cuales los bolchevistas habían dejado que se corrompiesen."

Parece ser que los cadáveres no se corrompen solos... Primero, eran 200, luego aparecen dos partidas más: una de 200 y otra de 140, resultando un total neto de 540 difuntos. El libro de caja no anda bien. A esta cifra hay que añadir otra omisión:

"Del foso de un pequeño jardín situado detrás del cuartel general, fueron sacados los cadáveres de 124 personas. En muchos casos a las víctimas se le cortaba trozos de piel en forma de charreteras, galones y rayas a imitación de las insignias que usan los oficiales."

Prescindamos que en enero aquí se le meó en la boca a los rusos, se le encendió las barbas y se le voló el cráneo a una criatura de 8 años que atacó un camión de bomberos. Hagamos números, exclusivamente. Nada más que números. Estábamos en 540, más 124, igual a 664. La cosa progresa...

"En otro lugar del mencionado jardín se halla un garaje que sirvió de "matadero," junto a éste, otro que sirvió de "sumidero," del cual se desprende un horrible vaho acre a sangre humana corrompida. Contiguo a este lugar fué hallado un tajo donde el hacha caía al cercenar las cabezas de los ajusticiados. Este tajo estaba profundamente impregnado de sangre. (¡Ah!) Las paredes están

"acribilladas por balazos de revólver y salpicadas de manchas rojas. El piso está aún pegajoso y el olor que emana del recinto obliga a uno apartarse enfermo y asqueado. Aún hoy, después que han transeurrido 15 días, existe un nauseabundo olor a carne humana que sólo el cloruro puede contrarrestar. Hasta ahora han sido encontrados en estos lugares 14 cadáveres."

¿Cómo es eso? ¿14 más? Tenemos, por lo tanto, 678; esto es, 122 menos que los de enero. Cancelemos de una vez.

"A pesar de todo, por las calles puluñan gran número de muchachas bonitas, descotadas; la luz de la luna y el aroma de la fronda, forman un cuadro de subyugante belleza."

Entonces no se siente "uno enfermo y asqueado" y el "nauseabundo olor a carne humana" no necesita ser "contrarrestado con cloruro."

Fate bobis... (¡Andá a bañarte!)

"Tribuna Proletaria"

(Diario de los trabajadores)

Hay que difundirlo.

EL DESNUDO FEMENINO

Mariano de Cavia—así, de Cavia, con acento en la primera a—se escandaliza, en unas prosas o en unos versos, de lo excesivamente ligeras de ropa que van este verano las mujeres.

La protesta de don Mariano o del señor Mariano de Cavia es muy natural. Al señor Mariano le ha embarrado los ojos la edad y le fastidia que nosotros disfrutemos de las muchas cosas buenas que las mujeres llevaban antes tapadas y que ahora van poco a poco descubriendo.

Nada tiene de particular, repetimos, la pudibundez y tartufería de don Mariano. La que nos extraña es la de Bagaría, que también se ha echado con horror la mano a los ojos, aunque abriendo los dedos, y que también ridiculiza en un dibujo los tímidos descotes femeninos.

Todo eso es cerialidad, verriondez y espíritu de rectoría.

Bagaría y Cavia quisieran acaso, que se promulgaran aquí las leyes de Calvino contra el libertinaje y contra el lujo y que la policía persiguiera a latigazos, como Federico Guillermo por las calles de Berlín, a las muchachas que enseñan un dedo de pechuga y que se encendieran las hogueras a cuyas llamas hacía arrojar Savonarola las alhajas de las damas de Florencia.

Yo, que en esto, como en todo, profeso ideas de un radicalismo ilimitado, creo que para vestido de las señoras con la hoja de parra sobra.

Es una crueldad pretender que las pobreci-

tas mujeres, con el calor que hace y con el sol de Julio que aprieta más que el gobierno, vayan embozadas hasta el morro y empaquetadas y enfardadas como bacalao secos.

Hay que ser un oscurantista de increíble selvaticidad, un enemigo declarado de la gracia y de la luz, para hacer ascos a esa raja de pepino de cielo que generosamente nos muestran las encantadoras mujeres.

Yo, no estoy ciertamente escandalizado de lo que el bello sexo enseña, sino de lo que tapa y cela. Y aunque agradecido y admirado de los nuevos descubrimientos que cada día se hacen, creo que en esa geografía faltan muchos continentes y muchas partes del mundo por conquistar para la civilización.

El traje es incivil, reaccionario y católico. Es uno de los más eficaces instrumentos de opresión de las religiones y de las monarquías absolutas.

El traje es enemigo de la salud y de la limpieza corporal. Sólo el desnudo es sano, sólo el desnudo es santo.

El traje es un nidal de microbios, un almacén de polvo, de mugre, de sudor y de basura.

Finalmente, la ropa es cara. Prescindiendo del vestido, suprimiríamos el margen más importante de nuestros gastos. La ropa vale un dineral. Yendo nosotros desnudos, las telas irían tiradas. Y así los madrileños reventaríamos a los fabricantes de Barcelona. Y Cambó se amasaría. Y quedaría resuelto el problema catalán.

Madrid.

ANGEL SAMBLANCAT.



LA COLMENA



Quien haya leído el hermoso libro de Maerlink, intitulado la "Vida de las abejas"; quien haya observado alguna vez la vida de estos animalillos laboriosos, cerca de la colmena, estudiando con paciencia todos los aspectos y detalles de su actividad febril y continuada, ora al libar el dulce néctar de las flores perfumadas, ora al vomitar de su estómago la rica miel trabajada, tan codiciada por los zánganos, que en ciertas épocas forman plaga numerosa, que es necesario destruir; ora al segregarse la cera, que tantas útiles aplicaciones tiene en la industria humana; ora al construir su complicada mansión, verdadera obra arquitectónica, con sus panales hexagonales, sus compartimentos y sus cámaras de desove y el privilegiado lugar donde reside la reina; quien haya visto o leído y apreciado tanta maravilla, y se le ocurra en seguida echar un vistazo en derredor, remitiéndose a la vida de los hombres, comprobará cuánta similitud, qué notable parangón existe entre aquellos insignificantes insectos y el rey de la creación.

En la sociedad humana, igual que en la colmena de las abejas, un numeroso ejército de trabajadores, que forma mayoría social, provee con su trabajo todas las necesidades colectivas, mientras un grupo reducido de hombres, verdaderos zánganos, que viven en la ociosidad, que consumen sin producir absolutamente nada, usufructúan, sin tener derecho a ello, lo que tantos sacrificios y esfuerzos ha costado crear a los primeros.

Pero en la colmena de los himenópteros, los zánganos siquiera, al llegar la primavera, llenan una función útil y necesaria, cual es la de fecundar la reina.

Entre nosotros los parásitos sociales, los que viven a expensas del trabajo de los demás, nada de provechoso hacen en beneficio de la colectividad. Por el contrario, resultan molestos y perjudiciales, porque para vegetar en ese estado de holgazanería permanente, necesitan imponerse por la fuerza y por todos los procedimientos de violencia imaginables.

Las abejas, por lo menos, se dan la satisfacción y tienen la fuerza suficiente para extermiar sin contemplaciones todos los zánganos de la colmena, cuando su cantidad resulta demasiado grande y amenazan con acabar toda la miel que han venido almacenando pa-

cientemente, merced a un trabajo ímprobo de todos los días y de todos los momentos.

Estos insectos prodigiosos toleran la presencia de los zánganos, consentien que consuman la miel que, en otras circunstancias, se destinaría al gran stock de reserva, mientras su proporción no afecta mayormente al conjunto; pero en cuanto comienzan a aumentar en cantidad alarmante, se ponen todas las abejas de acuerdo, inician una batida y no dejan con vida a uno solo de aquéllos.

A los trabajadores no le queda siquiera este consuelo, no por que no puedan hacerlo, pues disponen de fuerzas y recursos de sobra, sino por que no se ponen de acuerdo entre ellos, porque le falta voluntad para la acción, porque carecen de la noción del bien común, porque son más ignorantes en este sentido que aquellos animalitos tan estupendos y hábiles.

Causa verdadero dolor tener que dejar constancia de estos hechos, que cualquier entomólogo imparcial se atrevería a suscribir con nosotros. No se trata de un cuento o de una fantasía de la imaginación, no es nada caprichoso inventado por puro placer de hacer elucubraciones abstractas, sino que es la zoología, la vida natural de tales seres la que nos evidencia tan mayúsculo contrasentido entre lo que acepta el hombre, que usa la facultad de razonar, y lo que hacen tan valientemente las abejas, las cuales nos sería fácil aplastar de un manotazo.

Reparando en lo que ocurre en la vida social de los hombres, en este siglo de triunfos colosales de la inteligencia humana, cuando el modernismo ha perfeccionado la máquina del trabajo, en forma tal que jamás sospecharon nuestros antecesores, sacamos conclusiones objetivas, tan contradictorias y espeluznantes que nos hacen dudar si realmente el sér que se ha elevado por encima de todas las especies animales, consiente y sanciona con su conducta lo que las abejas, con ser tan pequeñas y tan enormemente inferiores a nosotros, jamás aprobarían en el enjambre.

En nuestra sociedad actual, ¿quiénes son los que mueven los transportes, que corren veloces llevando a todos los ámbitos del mundo los productos del trabajo humano?

¿Quiénes pilotean los modernos navíos, gigantes monstruos de acero, que vomitando por sus fauces lenguas columnas de humo y vapor,

atravesan los mares y los ríos llevando y trayendo de un punto a otro las riquezas inmensas de los campos y las fábricas y los viajeros de todas las razas e idiomas?

¿Quiénes son los que construyen las suntuosas mansiones y palacios, que en esta sociedad de explotación sólo habitan los ricos y los zánganos de la gran colmena social?

¿Quiénes nos proporcionan la radiante luz artificial que alumbrá nuestras noches y la energía eléctrica a las tétricas máquinas industriales, al pie de las cuales agotan su existencia en largas y fatigosas jornadas, los héroes anónimos del trabajo?

¿Quién dirige aquel mostruo apocalíptico de acero, que resoplando y lanzando interminables chorros de vapor, se desliza vertiginosamente por los caminos de hierro?

El telégrafo, el teléfono, todos los medios de comunicación, ¿quiénes los ponen en actividad?

Los tranvías, los coches, los vehículos, todos los recursos de locomoción, ¿quiénes los hacen circular?

¿Quiénes, en una palabra, ponen en movimiento todos los resortes de la vida, todo el complejo y colosal mecanismo del trabajo?

Las abejas humanas, los valientes trabajadores, los asalariados de esta inmunda sociedad capitalista, los dignos productores que tienen que venderse a un zángano cualquiera, como vulgares esclavos, que amasa riquezas con el sudor y la sangre de los que le sirven, disfruta hasta la saciedad de todos los encantos naturales de la vida, come hasta quedar ahito, en tanto que aquellos revientan trabajando, carecen de todo lo necesario e imprescindible y mueren prematuramente por agotamiento orgánico.

¡Hermosa sociedad la nuestra!

¿Esto es posible de soportar por más tiempo, a menos que se quiera el suicidio lento pero seguro del género humano?

Nuestros sentimientos se rebelan, el apóstrofe sube a nuestros labios, la rabia nos agita, el puño se encrispa amenazante y nuestros ojos brillan fulguraciones siniestras.

¡No! No es posible—nos decimos—que estas cosas se permitan y toleren. Los hombres deben rebelarse contra tantos crímenes, perpetrados impunemente y con toda sangre fría.

La justicia humana no es una quimera ni una simple frase. Hay que reaccionar rápidamente contra males tan inauditos y viles.

Pero, ¿es que acaso hemos renunciado a ser

hombres? Pero, ¿es que no tenemos sangre en las venas? ¿De qué nos sirve tanta ciencia y tanta fraseología barata, si después de todo no dejamos de ser más que unos vulgares esclavos, unas bestias de carga que no han menester de la fusta del amo para marchar, desde que el sistema de explotación es tan perfecto que ni siquiera de estos recursos necesita? Pero, ¿es que todavía no han advertido los trabajadores la sangrienta burla que se hace de sus derechos?

Pero, basta ya de invocaciones y lamentos vanos. La hora es de acción. Los anarquistas deben comenzar por dar el ejemplo, incitando a los remisos y colocándose a la vanguardia del gran ejército de obreros, que claman por que sus reivindicaciones indiscutibles tengan una satisfacción inmediata.

Que los anarquistas se reafirmen una vez más como únicos y verdaderos varones, como revolucionarios sin mácula, que no saben de vacilaciones ni transigencias en la gran cruzada libertaria que encabezan, enhiestos y altivos.

Oremos como las abejas contra los zánganos: exterminémoslos. Es la mejor forma de acabar con ellos. Cumpliremos así con un alto principio natural, que nos aconseja desembarazarnos de todo lo que es dañoso y nocivo para la comunidad.

LUIS MARIA LOPEZ.

La G. C. N. se anticipa a la G. R. S.

Al termómetro de la colecta se le acabaron los grados. En lugar del tubo, ahora se pondrá para mayor longevidad, una manguera. Si hubiese necesidad, monseñor que es un ilustrísimo mártir, la tomaría de un extremo y cualquier dama pingorotuda, se la graduaría.

No sabemos si alcanza ya a 15 millones de pesos, con los cuales la burguesía desea comprar un seguro "pro paz" para mañana. Si estos 15 millones se repartiesen entre los pobres que suman 6 millones en la república, resulta que nos tocaría dos pesos y centavos a cada uno. Por el sólo hecho de que nos toca tan poca cosa, nos creemos en el derecho de exteriorizar nuestra protesta. Por otra parte, muy exiguo provecho se recogería haciendo semejante reparto. Pues, considerando que monseñor sostiene que cuanto más dinero tienen los pobres, tanto más se emborrachan, llegamos a la

triste conclusión que la G. C. N. sería pernicioso. Nos proporcionaría en un momento dado, el calamitoso espectáculo de ver a 6 millones de hombres completamente beodos.

La burguesía que a todo le ha puesto precio, quiere comprar la paz futura. Supone que el porvenir es una mujer pública o un diplomático. Si esto se hubiese realizado allá cuando el pueblo vivía en la luna, habría tenido su eficacia desopilante, pero en estos momentos, es demasiado tarde... Falta muy poco para iniciar nuestra G. R. S. No se trata de señalar el día y la hora, ni se trata de dar un grito o colocar un termómetro. El pueblo tiene el

plan en la cabeza. Habla con respeto de la ocupación de palacios, la repartición de tierras y hacer otras cosas que no se conseguirían cantando el himno nacional. Esto los tomará de sorpresa a los colectadores, como a la vieja usurera que nos presenta Martínez Sierra en su última producción. Entonces la burguesía comprimiéndose el coco, dirá como la vieja de marras:

“¡Cómo! Es decir que debo entregar “mi” casa, “mi” dinero, “mis” tierras, “mis” chanchos, todo lo que es “mío,” solamente “mío,” ¡“mío”! ¡“mío”! ¡“mío”!

¿EL HOMBRE ES BUENO?

EL MISTICISMO MODERNO

Profunda y desconcertante es la impresión que causa ese libro extraño de Leonardo Franck: *El hombre es bueno*. La locura insensata de la guerra ha inspirado al autor imágenes de una realidad terrible. El dolor humano vibra en todas las páginas, en cada línea, en cada palabra. Siendo el escritor un hombre bueno que enloquece de espanto al evocar las escenas sangrientas de una humanidad que se destroza bárbaramente influenciada por prejuicios estúpidos, la teoría del amor evangélico ilumina su pensamiento, concreta sus ansias de redención por el piadoso camino de la bondad. El hombre es bueno, dice el escritor; el hombre es bueno, pero está desconocido para sí mismo, abrumado bajo una cantidad enorme de conceptos falsos que ocultan la verdadera fisonomía íntima de la personalidad humana.

¿No habrá en esa idea de la bondad humana una generalización de sentimientos exclusivamente personales? ¿En ese llamamiento al amor que hace el escritor no existirá el ruego fervoroso de un ateo moderno que necesita creer en una virtud? Es muy posible. No conozco al escritor sino por su libro y quiero creer, lo creo con sinceridad, que es un hombre bueno; pero me cuesta creer que el hombre, en concepto general, sea bueno. Los ateos modernos sufren a veces crisis agudas de misticismo; no invocan a los antiguos dioses benefactores, porque tienen sobrada ciencia, pero necesitan ligar la humanidad a una fe única, a una virtud. Para ellos, el amor es el dios de la reali-

dad, el dios prisionero que vive en el espíritu humano y que es necesario libertar. Las épocas de calamidades son propicias al desarrollo del misticismo; cuando todo se sumerge en la más horrible miseria moral y material, cuando el mundo parece bamboleado entre abismos de locuras, el espíritu aterrizado ensaya una reacción y quiere protestar. Ante la desgracia, ante el crimen ignominioso, el alma se acusa a sí misma y llora; llora y tiende su vuelo desesperadamente hacia regiones felices de ensueño donde la existencia es buena y el hombre también es bueno... ¡Ah! Sí, el hombre es bueno cuando podemos llorarle, cuando le hemos clavado un puñal en el corazón; la muerte nos apiada, nos hace místicos. En un hospital, somos más cristianos que Cristo; en un camposanto somos capaces de rezar, nosotros los descreídos de este siglo. Pero, ¿y en el torbellino de la vida? El impulso vital parece desconocer toda teoría sobre el amor; la vida reposa sobre una base de inconciencia—dice Bourget—y la inconciencia crea una sociedad de hábitos puramente biológicos. En la sociedad, el amor es la lucha; y el combatiente de una causa rara vez prueba que merece vivir, nada más; si es vencido, le lloramos y gritamos a los vencedores que no sean bárbaros y que amen, que descubran en sí mismos el dios del amor.

Un filósofo optimista y demasiado amable, —Guyau— cree que el carácter de la vida plena, el fondo biológico mismo de la vida, es

un desborde de generosidad, de simpatía. En el hombre sano y culto la vida canta una canción de simpatía, de amor. Sin duda, esto es verdad o fracción de verdad. Pero, solamente en los casos patológicos presentados por los enfermos del mal místico—que, quizás tenga su origen en una debilidad de la vida—podemos observar que el amor adquiere carácter fluído, universal, amor que posee, por decirlo así, el don de ubicuidad. Algunos místicos del cristianismo, como el santo de Asís, han amado, con amor intenso, flores y bestias y hasta las mismas piedras del camino. Amor fluído que se extiende por sobre todas las cosas, vivas e inertes, amor que penetra a través de todas las convenciones humanas burlándose de todas las limitaciones. Pero, el mundo no se compone de santos. La simpatía, el amor, del hombre vulgar, de ese hombre que crea la sociedad y que desarrolla dentro de ésta, todas las costumbres y todos los progresos de la historia, tienen carácter muy limitado; y no puede ser de otro modo. El hombre, sabido es, resulta un producto de la herencia y del medio. El medio está formado por grupos de hábitos distintos. En estos grupos caben todas las derivaciones de la vida activa del hombre: ideologías, costumbres, industrias, artes. La función normal de la simpatía del hombre pone en movimiento los elementos de su medio. Tomemos, por ejemplo, un grupo de personas cultas, capaces de amar, un grupo de artistas. El grupo tiene una cartilla original de preceptos artísticos, una ideología propia; lucha con otras cartillas, con otras ideologías, logra vencer y permanecer triunfante mientras los vencidos desalojados de la circulación mueren de hambre en las calles y en los hospitales. El grupo vencedor no puede ser tachado de cruel; la vida normal, sana, simpática, es así; el hombre es bueno relativamente. Si pudiéramos concebir al hombre en abstracto, desprovisto de sus actividades, si uno mismo pudiera concebirse inactivo, el hombre podría ser bueno en un sentido universal; nadie dañaría a nadie. Esto sería vivir, aquí en esta tierra miserable, el paraíso cristiano, ese paraíso que pintan las añejas leyendas en el cual no se lucha, porque el medio se ha uniformado: medio angelical, único.

La obsesión del amor conduce a la decadencia de la vida, a la inactividad enfermiza. El pobre Amiel tenía miedo de la acción; claro, la obsesión del amor paralizaba su voluntad. Tenía que vivir en la más pura abstracción,

volatilizando a la humanidad y volatilizándose él también. Esto recuerda a esos religiosos de la India que no se mueven jamás de un lugar por temor de aplastar bajo los pies a algún gusano. Conocemos también la teoría de Tolstoy de la no resistencia al mal; otro efecto éste de la obsesión del amor.

Leonardo Franck, ante la hecatombe guerrera, siente la necesidad de gritar que el hombre es bueno siempre que se descubra a través de la maraña de prejuicios que envuelven su alma. Si la bondad, según el escritor, tiene que caracterizarse por la ausencia completa de luchas violentas y sangrientas en la humanidad, creo que estamos muy lejos de alcanzar tal virtud; ni podemos ni debemos tampoco alcanzarla. Tal como está constituida la sociedad, un intento en ese sentido sería perjudicial para la libertad de la mayoría de los hombres.

Desgraciadamente, tenemos una prueba bien patente en la gran colecta nacional que, a iniciativa del episcopado argentino, se está llevando a cabo entre nosotros para obtener la "paz social." El episcopado, sin duda se ha dicho: abandonemos los prejuicios de clase, de ricos contra pobres y de éstos contra aquéllos; mirémonos al fondo íntimo, busquemos al hombre y digamos: el hombre es bueno. Nada de lucha social ni de otra clase, paz, paz, el hombre es bueno, todos somos hermanos.

La teoría del episcopado puede tener la virtud—pasajera, creemos—de inculcar en el pueblo explotado un deseo real de paz; el amor fluído del pueblo—; ah! el pueblo ama a su prole, al magnate, al rey, al papa, a todo bicho viviente; por amar y por respetar demasiado, es esclavo—seguirá más tiempo fluído, sin concretarse en el medio propio de sus intereses materiales y en las ideologías que salvan esos intereses.

La teoría angélica del amor universal, fluído, que salva todas las barreras, no es nada revolucionaria, aunque lo parezca. Si tomamos al hombre como objeto de amor prescindimos de sus actividades, malas o buenas, y nuestras armas de combate se nos caen de las manos; dejaremos de ser luchadores para convertirnos en una especie de enfermeros de las almas. En este caso, tenemos necesidad de considerar al hombre en abstracto. Todos los místicos del amor aborrecen la sociedad; claro, el hombre abstracto no es posible en la sociedad. El místico del amor busca la soledad del claustro o del desierto como el medio más apropiado para

el desarrollo de sus sentimientos; los ateos modernos no se encierran en ningún convento pero adoptan la vida tolstoyana.

Una teoría revolucionaria toma al hombre como objeto de actividad y no de amor. Tal teoría no es solamente revolucionaria, sino también científica, realista. El hombre social desarrolla hábitos, actividades buenas o malas según el medio de la batalla. Todo el problema de la redención consiste en conocer el lugar que cada uno o cada grupo ocupa en la sociedad; conocer el medio propio, las propias actividades y las actividades ajenas. El hombre del pueblo aún es esclavo precisamente por la creencia en el amor, ese hombre cree que merece ser amado por los demás hombres ajenos al medio que ocupa. Siempre le sentimos lamentarse de la mala voluntad de los poderosos, de las rigurosidades de la clase rica, de la falta de amor en los que mandan y quisiera de verdad que ellos amaran. Esta es la actitud que observan los obreros católicos en general: su problema es un problema de amor que le hace perder el tiempo vanamente.

Cuando el pueblo conozca bien su medio y sus actividades y las actividades ajenas y se despoje de todos los prejuicios humanitaristas y entre en lucha con las actividades que le son perjudiciales, entonces podrá emanciparse. Al hombre rico, no debemos tomarlo como objeto de amor, sino como hombre que sostiene una situación; si ésta nos es perjudicial, debemos luchar para destruirla sin que nos detenga la idea de que en la lucha y en el derrumbe de la situación combatida caigan destrozados muchos combatientes. En la realidad, todo pasa así; después, claro está, el hombre se apiada del caído. Lloramos al hombre cuando le hemos clavado un puñal en el corazón. La vida no es un paraíso, un medio uniformado, y las cosas no pueden resultar de otro modo.

Se engañaría el que creyera que, tomando al hombre como objeto de actividad, se caería en el más grosero materialismo. No; las actividades del hombre social son muchas y variadas. Existen luchas de carácter ideológico que encierran todas las virtudes. No sólo de pan vive el hombre y no sólo por el pan se lucha. Los hermanos Goncourt han escrito la novela de la vida literaria; pues bien, la vida literaria tan llena de entusiasmos ideológicos, de virtudes de todo género, está sembrada de cadáveres, de vencidos, de corazones rotos.

¿El hombre es bueno?

El hombre es un animal que lucha.

F. RICARD

GALIMATIAS

Quienes han desencadenado la hecatombe europea, ahora se arrojan el triunfo de la misma. El papa asegura que si durante cuatro años no se hubiese golpeado el pecho noche y día, la carnicería no hubiera terminado. Según "La Euskaria," vencieron los aliados gracias a la "presión de 300 vascos legionarios cuyo denuedo quebró en todos sus puntos las líneas alemanas." Para un diario brasileño, se debió sencillamente, a "o pavor terrible dos germanos" cuando el Brasil rompió las relaciones. "Auras de Lourdes," se lo explica "por la consagración de los ejércitos aliados al Sagrado Corazón, hecha por el tan católico generalísimo francés, el mariscal Foch." Por otro lado lo explica merced a "la fabricación de disciplinas, cilicios, cadenas de hierro y otros instrumentos de penitencias que eran pedidos por los oficiales superiores del ejército francés, quienes no satisfechos aún con las fatigas de los combates y de las trincheras, agregaban a ellas, estas duras mortificaciones."

En verdad, quienes se adjudican la victoria, son los autores. Creemos que Foch daba más importancia a los cañones, que al rosario, a pesar de ser muy católico y tener un hermano fraile. Sin embargo, mientras sus soldados despanzuraban al enemigo, Foch rezaba. Dios que protege a los buenos cuando son más que los malos, le escuchó. Su señora organizaba con 50.000 niños y niñas acciones de gracias, festejando las victorias de su marido.

Dios, que es la justicia misma, puesto en tales aprietos, miraría a Foch desde su trono, a su señora y a todos los organizadores, se pasearía con aires de tilingo y por último le habrá dicho a San Pedro:

—Si me dejas entrar a esos bandidos en el paraíso... ¡te quito el empleo!

La farándula estudiantil

Ya pasó la comparsa de los estudiantes, ahora viene la gran colecta nacional. Muchos sostienen por experiencia propia que "todo el año es carnaval."

Distingamos al *estudiante* del *estudioso*. El *estudioso*, se entrega espontáneamente a la investigación; el *estudiante*, es el arquetipo del condenado mental, forzado a tragar libros, galeote universitario. Como no hace uso del cuer-

po tiene necesidad de excitarse. En vez de plantar árboles o arrancar piedras, apela al baile, las mujeres y el alcohol. Todos los males emanan de la pereza. El estudio combinado con el dulce far niente, produce esa psicología especial del estudiante que se pinta de cuerpo entero el día de la farándula. Así como el imbecil espera tribulado el carnaval para disfrazarse de sabio; el estudiante, se desvela haciendo preparativos, soñando con estandartes, desollinando vajinas en presencia de un Gramajo disoluto y midiendo penes para adjudicar premios al más largo.

La moral estudiantil es la moral burguesa, forense y capitalista. Por eso en las escuelas y salones donde frecuente esta fauna, ha menester introducir en las letrinas observaciones de peso: "Se ruega no ensuciar en el piso." Si las escuelas son mixtas, otra más valiente: "Se ruega abrocharse la bragueta antes de sa-

lir." En el hospital de clínicas estas cositas abundan: "Che, cafañote, ¿por qué no te lavás las patas? ¿por qué no te chupás las medias, degenerado?"

De aquí emana esa literatura soez y sicalpítica que el día de la farándula sale a relucir en carros atmosféricos y alegorías ultrarromanas.

La élite del intelecto cotre, relincha y voci-fera, farandulea encendida y carbonizada por la ignorancia de su alma burguesa, vacía y rudimentaria. Se entrega a toda suerte de excesos. Entonces, los prostíbulos, desbordan bilis y las cantinas, fermentaciones.

Más tarde, cuando la élite abandona las aulas, se dedica a regimentar la salud pública, habla de profilaxis social, dicta leyes, forma jurados, falla sobre moral, invoca el honor y defiende con la cárcel y el destierro las "buenas costumbres."

CRITICAS TEATRALES

EL SAINETE

El sainete nos viene de España. Esta afirmación, no fortifica en nada, la teoría absurda de que todo lo malo nos viene del extranjero. Sabemos por los libros, que en todas partes hay imbeciles y se dicen y escriben imbecilidades. La extorsión literaria, el chantaje, la grosería y el lirismo hueco, se cultivan en las cinco partes del mundo. Sin embargo, existe un lugar de menor resistencia, donde la peste se localiza. Aquí, sin querer o queriendo, le pegamos un sopapo a Buenos Aires.

El sainete sentó sus reales entre nosotros. Aquellos que sinceramente aman el teatro, sentirán subir una ola de indignación contra esa camándula de autores, críticos y actores que se han apoderado de la taquilla, estableciendo la dictadura del sainete. Dictadura del mal gusto, perversión de los sentimientos, mentira, engaño, robo y explotación.

Los autores, son críticos o empresarios; los críticos o empresarios, son autores. Hay autores, actores; y, actores, autores. De aquí proviene la deshonestidad crítica, el lucro literario, la extorsión y el desdoblamiento. Autores, empresarios, actores y críticos constituyeron un sindicato de pacotilla.

Sufrimos como resultado de la dictadura del mal gusto artístico, la imposición del sainete: forma ideal de chantaje literario. No hay

otro molde que rinda más ganancias. Su técnica es sencilla. Está al alcance de cualquier inteligencia. Tan es así que Roberto de Puga y Silverio Manco elucubraron varios, mientras Carlos María Pacheco evacúa uno por semana. El buen gusto a fuerza de recibir golpes y porrazos, se encuentra débil y atragantado.

No sabemos cómo Hugo Wast, resiste impávido, el brillante negocio del sainete. Es una carrera de porvenir fijo, más proficua que la paupérrima carrera del novelista, el sochantre y el avenegra. Porque se trata de un negocio, sencillamente. Allí no hay arte, ni sinceridad, ni literatura, ni un cuerno. Lo que hay es desvergüenza, latrocinio, heterogenia y extorsión. Sed de enriquecerse, malísimamente disimulada. El robo aparece unas veces encubierto bajo cuatro baladronadas revolucionarias y otras veces aparece feroz, desdentado y exhibiendo la rabadilla.

Mientras Berisso explota el llanto de las niñas cursis, Imhof le chupa la sangre al "mal azul" que experimentan los vagos aristocráticos. Iglesias Paz se dedica a explotar las "horas grises" de los niños y las niñas, parásitos y parásitas. Escobar, que no aspira a la inmortalidad como Duhau, se conforma con explotar la risa de los estúpidos. Risa brutal, indecente y espasmódica. Risa del estómago, función bes-

tial, masaje del cuerpo, especie de cosquillas literaria. Una risa que por lo mismo que no llega al corazón, el único recuerdo que deja, es un fuerte dolor de barriga. Pasado éste, se olvida la obra, quedando una maldición sorda contra quien lo produjo.

El sarcasmo volteriano, la ironía aguda, la sátira, todo lo que hiere el corazón y la inteligencia, son productos químicos que no están a la altura de los fabricantes de sainetes. Ellos, saben herir los intestinos con el chiste barato, ordinario, sicalíptico, hecho a expensas del gringo que no habla bien el español o del español que no habla bien el idioma extranjero que nosotros asesinamos. Chiste frívolo, vago y gramatical que se obtiene destrozando la gramática y haciendo dudar si será cierto aquello de que en Francia hasta los chicos hablan francés.

Los procedimientos técnicos son impresionistas; es decir, superficialistas. Los personajes entran en escena agobiados, torcidos por una superficialidad aplastadora y salen fatigados a fuerza de recitar tonterías y vaciedades. Sospechamos que los saineteros se toman de modelos o hacen posar a sus más íntimos amigos para ejecutar sus obras. De otra manera no se justifica tanta grosería y estupidez acollardadas.

Escobar no sabiendo a qué recurso apelar a fin de conseguir la risa, purga con aceite castor a 25 personajes. Los músicos, la dueña de casa y los novios empiezan entonces a realizar saltos, piruetas y contorsiones de circo, mientras el respetable público ríe a mandíbula batiente, con una risa inmortal, de oreja a oreja. Esa carcajada salvaje, euaternaria y sin emoción con que saluda el idiota clasificado el teatro de Cabred.

Parravicini, las va también de sainetero. En materia de oquedad y guaranguería, ocupa el primer puesto. Pues, en cuestiones de técnica no procede como C. M. Pacheco, quien pone junto a un personaje grotescamente cómico, otro exageradamente sentimental. Los tipos de Parravicini son como él. Con el agravante de ser inspirados por García Velloso, su divino maestro. Tal para cual. Si el padre es rústico, el hijo no puede ser delicado. Y si las obras de Parravicini son fusilables, pongamos por caso, teniendo en cuenta quién las patrocina, llegamos a la piadosa conclusión que no podían ser de otra manera.

En el sainete como en el cine, prevalece la indecencia, lo trágico, la bestialidad, el euchi-

llo, la trompada, el puntapié y la exaltación de las pasiones más bajas y los más bajos apetitos. El mercachifle de mujeres, el borracho y el carrerista, son tipos ideales. Los ambientes predilectos, son el café, la borrachería y el cabaret. So pretexto de regenerar, esta caterva de degenerados, reparte la corrupción a manos llenas. Todo lo malo, rudimentario y vil que tiene el pueblo, es halagado y exasperado con el propósito de sacarle a flote la última gota de perversidad y acabar de embrutecerlo.

El sainete, que representa la forma clásica de teatralizar la vida, embrutece al pueblo. Así como el que expende conservas no tiene escrúpulos en mezclarlas con venenos, así los saineteros falsifican la vida y el ambiente con idénticos resultados.

Las frases de doble sentido—caballo de batalla—no llevan otro objeto que aguzar la inteligencia pervertida de niños de bien, matones electorales y hombres de baja estofa. El prostíbulo y el arrabal. Convulsión de ijares, tormenta de tripas y flatulencias, es la síntesis del teatro nacional.

No sabemos quién dijo que para regenerar el teatro había que colgar a todos los autores nacionales, y si no lo dijo nadie, lo decimos nosotros.

ELIAS CASTELNUOVO.

ASESINO CONDECORADO

(Especial para "La Prensa")

"ROMA.—El rey Víctor Manuel otorgó la cruz de la orden militar de Saboya al profesor de química Demetrio Helbig, quien se distinguió en la guerra, siendo ascendido al grado de capitán por méritos excepcionales. El capitán Helbig inventó una materia destinada a fines bélicos y de resultados muy poderosos."

¿Muy poderosos, no? Seguramente se trata de un hormiguicida humana: alfa y omega del exterminio. Gracias a su concurso habrán muerto muchísimos hombres. ¡Muy bien! El profesor Helbig, habrá quedado encantadísimo cuando merced a su "materia química" contemplaba la destrucción de tanta gente junta y en forma tan científica. En medio del horror de los hombres, cogidos como moscas en un infierno de metralla, el profesor Helbig, justamente satisfecho, habrá exclamado: "¡Soberbio! ¡Soberbio! ¡Eureka!" Sin embargo, este señor, habrá

estudiado mucho y sabrá muchísimas cosas, pero desconoce lo fundamental. Ignora que las leyes bárbaras, sirven casi siempre para ajusticiar a sus autores. Ignora que las invenciones, se aplican a los inventores. Ignora que el cirujano Guillotín fué el primero en probar la guillotina, con patente de invención y todo. Y, finalmente, ignora o quiere ignorar, que en este siglo la lógica más común, es, "razonar cortando cabezas."

En efecto, existen cabezas tan vacías, en las cuales, sólo hay capacidad para una bala.

No lo decimos por el profesor Helbig...

EL NACIONALISMO

El nacionalismo es la nueva religión de los sietemesinos del pensamiento. Después de la monstruosa orgía europea en que el espíritu chauvinista de los nacionalistas apagó en sangre a media humanidad, aún hoy, hay quien tiene el cínico tupé de inyectar en el alma de los pueblos, como un veneno bestializador del espíritu, la última aberración psicológica llamada por antonomasia: nacionalismo.

Este pretendido sentimiento nacional, no es más que la supervivencia de todas las supercherías patrióticas y religiosas que siempre ha sido la piedra angular de todos los odios y de todas las tiranías. Y lo curioso es que, mientras las conquistas de la ciencia y de la civilización tienden a borrar las fronteras y los oprobiosos privilegios que dividen a los pueblos y a los hombres, universalizando sus beneficios, los modernos negreros de la especie humana surgen con su eterna canción de muerte para seguir explotando la ignorancia de los pueblos y domesticar el pensamiento humano. Creen estos apóstoles sin apostolado, que al hombre se le puede hacer esclavo de la cáscara de nuez en que dió sus primeros pasos; que el espíritu del hombre apto para la vida, puede ponérsele límites geográficos y pintársele de blanco y azul como los carros atmosféricos de cierta empresa nacional... Ignoran esos chinos, hábiles cultores de la zanahoria y la verdolaga, que los hombres no somos animales vacunos ni el pensamiento tiene nada parecido con el estéril y centenario ombú de nuestras no menos estériles pampas, para que se nos presente como un producto genuinamente nacional. Creen esos torpes cultores del nacionalismo que al hombre puede reducirsele

el horizonte del espíritu encerrándolo en el alvéolo del terruño como a cualquier insecto.

¡Por favor, apóstoles sin apostolado, dedicaos al cultivo del zapallo y dejad vuestras vestustas ideas para los vacunos!

El hombre es un sér apto para asimilarse todo lo que contribuye a mejorar la vida, y lo que es bueno para la vida del hombre y de la humanidad, no tiene colores ni límites estúpidos. La ciencia y la civilización es el producto de la humanidad, es patrimonio común. Los pueblos tienden a identificarse de acuerdo con la moral de la razón. Nacionalizar la ciencia y el progreso, es una aberración. Creerse los más aptos para esclavizar a los demás, es un crimen. La humanidad puede vivir mejor de lo que vive en la actualidad. Los pueblos tienen capacidad para ser más libres de lo que son; les falta el valor y la oportunidad, nada más. El nacionalismo no tiene base humana ni razón científica en que apoyarse. El hombre lleva en sí el germen de muchas posibilidades, su espíritu posee el poder supremo de forjar ideas e impulsar la vida hacia el bien. El nacionalismo pretende destruir ese poder con su estrecho criterio del hombre y de la naturaleza humana.

Helios.

LA MISIÓN DEL ESTADO

En cuanto el hombre se despierta a la conciencia, en cuanto reconoce que tiene piernas y quiere dirigirse hacia alguna parte, llega el estado y se las rompe de un garrotazo.

Pero, el hombre tiene brazos, y si no puede andar, puede tocar algo; entonces aparece el estado y se los rompe de otro garrotazo.

Nace el hombre en tierra; pero tiene un cerebro que le hace siempre temible, porque en él puede germinar la idea de la redención humana; pues entonces vuelve el estado y de un sablazo le abre el cráneo y dice al hombre: "Ahora eres un buen ciudadano."

O. Mirbeau.

**DIJIMOS Y VOLVEMOS A REPETIR:
LA PROPIEDAD ES UN ROBO; QUIEN RETIENE PARA SI ESTA HOJA, ES UN LADRON... ¡QUE CIRCULE!**



Biografía futurista de hombres célebres



- Almafuerte.**—Jesucristo repartiendo garrotazos.
- Bakunín.**—El gigante de la lógica de fierro.
- Bonafoux.**—Bilis, atrabilis y enterobilis.
- Beethoven.**—La hipocondría en forma de genio.
- Caruso.**—Una laringe defectuosa: defecto admirable, según la Patti.
- Dante.**—“La hiena que versifica sobre las tumbas.”
- D’Annunzio.**—La paja en el ojo ajeno.
- Darío Rubén.**—Un chorotega con manos de marqués.
- Falco.**—El hambre y las ganas de comer.
- Falucho.**—El único negro célebre con estatua.
- Guido y Spano.**—El patriotismo postrado en cama.
- Herrera y Reissig.**—El terror de los diccionarios.
- Hugo.**—“El faro de la inocencia puesto en mitad del océano”.
- Ibsen.**—El hombre que nunca reía.
- Ingenieros.**—La simulación buscando simuladores.
- Italo Nápoli.**— El ciudadano que se ha retratado más veces.
- Palacios Alfredo.**—El ciudadano que robó el record a Italo Nápoli.
- Jesucristo.**—Un misántropo.
- Lope de Vega.**—Una verborragia incontenible.
- Michelet.**—“El entusiasmo en mangas de camisa”.
- Marinetti.**—El primer hombre que se comió un insulto.
- Napal.**—La impotencia boyando en un frasco de veneno.
- Napoleón I.**—Un criminal célebre.
- Napoleón III.**—Napoleón el Imbécil.
- Nietzsche.**—Un megaterio apocalíptico ultravertebrado.
- Poe.**—El buho que canta en las tinieblas.
- Pérez de Ayala.**—“Constructor de alfeñiques: último feto de Rubén Darío”.
- Schumann.**—Una neurastenia genial.
- Soiza Reilly.**—Perogrullo.
- Santa Teresa de Jesús.**—La virginidad revendiendo por quitarse los calzones.
- Unamuno.**—La lechuza de Salamanca.
- Vargas Vila.**—Bilis fétida.
- Voltaire.**—El cerebro más pequeño que produjo obras más grandes.
- Zorrilla de San Martín.**—La santidad con camisa de plancha.
- Zabala.**—La gravedumbre chupando caramelos.
- Wilson.**—El gran macaneador del siglo.

Giros y valores a J. LEONETTI (h.)

Pichincha 1023

Buenos Aires

Ateneo Racionalista de Villa Crespo

Celebrará una gran función cinematográfica y conferencia a beneficio de la reapertura de su local social y prosecución de su obra cultural. Tendrá lugar el día 11 de octubre, a las 8.30 p. m. en el salón-biógrafo "Canning", de la calle Canning 117.

Comprende el programa la exhibición de importantes cintas de carácter social, declamación de monólogos y poesías y una conferencia del camarada Luis María López

Sobre

Los Ideales del Siglo

Entrada general: \$ 0.60

Gran Función Teatral y Conferencia

En el salón teatro TIPOGRAFICA BONAERENSE

SAN JUAN 3244

El 5 de octubre, a las 8.15 p. m., por el cuadro "Melpómene", con el siguiente programa:

- I.—EL DIVINO TESORO, de J. A. Saldías.
- II.—CONFERENCIA POR L. O. ZENO.
- III.—LOS DIOSES DE LA MENTIRA, de J. Fola Igúrbide.

Entrada general \$ 0.70